

## **EVALUACIÓN DE PROFESOR**

### **JHON ALEXANDER DÍAZ MARTÍNEZ**

En 2018 empecé a hacer parte del equipo de profesores de la Carrera de Artes Escénicas de la Pontificia Universidad Javeriana y entre los argumentos que más me pusieron en concordancia, en una relación profunda con esta apuesta académica definitivamente fue su componente somático. Desde mis inicios en la academia ofrecía clases de sensibilización y recuperación sensorial, técnicas de improvisación, contacto y más recientemente Técnica Dupuy, en todas estas metodologías para abordar la investigación creación estaba ese compromiso con lo somático, aunque en aquel momento no lo llamábamos de esa forma. Algunos estudiantes lograron asumir durante su carrera esta responsabilidad de trabajar en primera persona y singular aunque muchas veces resulta difícil de comprender todo el lenguaje y los conceptos que acompañan esta pedagogía que obviamente exige un compromiso más allá de las experiencias en clase, de las pruebas y las calificaciones: autoobservación, autorregulación, autodeterminación, disciplina que requieren de un tiempo más distendido, profundo, solitario y cuidadoso, cuando pienso en Jhon Alexander Díaz, recuerdo siempre a un estudiante atento, reflexivo, autocrítico muchas veces hasta la parálisis, pero sobre todo con un talento natural que debía asumir y abonar; flemático, analítico, callado, con buena actitud y un buen trabajo en equipo, propositivo y tremendamente persistente.

Durante su proceso de formación artística lo pude ver haciendo parte de ensambles de actuación de acciones físicas y sabía de su particular gusto por el circo y la danza contemporánea. Nuestro primer encuentro fue durante la pandemia en el segundo semestre del 2020, haciendo parte del laboratorio de Dramaturgia del Movimiento. Hoy pienso que el abordaje que dimos a esta materia, el tener que dedicar tiempo en casa, de manera virtual e individual le ayudó a tomar confianza en su potencial físico como creador de movimiento para la escena, en su danza personal, en su discurso. A pesar de que a veces parecía que soltaba la cuerda, en realidad sólo estaba tomándose el tiempo para respirar profundo y continuar. Durante este tiempo logró restaurar su amor por la danza, por su danza, que no tenía nada que ver con el virtuosismo o la gran parafernalia escénica, sino asumir desde lugares sencillos el poder que tiene ir adentro, apropiarse de una gran profundidad que sólo le pertenece a él, que es única, sublime, que cuenta sus historias, sus intereses, que nos narra sus necesidades, anhelos y miedos, que ante todo tiene su nombre porque lo nombra, reconociendo que desde allí puede alcanzar a muchos espectadores hasta tener una resonancia auténtica y verdadera, haciéndolos participar de su propia manera de ver y estar en el mundo.

Su viaje a través de la carrera fue una especie de gran peregrinación y como toda buena aventura estuvo llena de descubrimientos, fue un camino de golpes y alegrías, pero que le permitió amar su “gran” corporalidad de 1.90 y tanto, que antes que una dificultad se convertía en una bendición, fue y volvió de su cuerpo, del teatro a la danza, tal vez el más importante de sus hallazgos fue su propio cuerpo expresivo, su propia manera de creer en su cuerpo de danzante.

Primero es importante resaltar que su dedicación hasta entonces era prácticamente exclusiva a las prácticas teatrales y en definitiva era notorio por los procesos en los que hizo parte como la “Siempre viva” dirigida por Brunilda Zapata. En este primer ensamble de teatro era muy clara su vocación por el desarrollo actoral: su presencia escénica, concentración, el uso de su corporalidad siempre consistente con el personaje y su voz nítida, clara, potente. Su trabajo fue bien dirigido, contundente, contrastado con el grupo y en definitiva llamaba la atención verlo, se puede decir que sin lugar a duda estaba en su “ambiente”, se le notaba relajado, tranquilo y desvuelto.

La misma carrera le proponía constantemente un contenido en donde su “cuerpo” era el componente principal y sin duda terminaría abordándolo, retornando a él y sobre todo potenciándolo: acciones físicas, laboratorio de Laban, improvisación danzada, hasta la técnica de danza hicieron que finalmente sucumbiera al poder de su propia “corporalidad” y empezara a creer en esta gran capacidad creativa, apropiándose de todo su potencial. Está claro que tenía dificultades a nivel de la coordinación, de comprender ciertos mecanismos, anclajes y el uso del espacio (tal vez por su propio tamaño) a veces no era tan definido, faltaba cierta elasticidad, pero a la vez se notaba su profundo deseo de aprender, el gusto por adquirir conocimiento nuevo a través del camino sensorial que se abría ante este contacto con su fisicalidad, poco a poco se fue dando esa transformación de la percepción de sí mismo y por lo tanto se fue convirtiendo en un ejecutante escénico mucho más amplificado y potente.

En su último semestre fue un gusto poder verlo en la lista de estudiantes matriculados en el Laboratorio de Composición Coreográfica que imparto, que de alguna manera me pareció muy coherente con otros laboratorios que había tomado durante su proceso educativo. En este espacio buscamos rehabilitar nuestra creatividad ya que todo componente escénico es susceptible a ser coreográfico, esto amplía los rangos creativos y permite que los estudiantes sientan la importancia de validar cada elemento puesto en la escena, aliado profundamente a su necesidad expresiva corporal. Por otra parte, la posibilidad de compartir el salón de clase con bailarines, con una mayor dedicación a la técnica y al desarrollo coreográfico podía llevarlo a la comparación y hasta a la frustración, pero su deseo de aprender, de transformarse física y emocionalmente, su capacidad de negociar con la percepción que tenía de su propio cuerpo y sus capacidades creativas y narrativas, pudieron más. En definitiva, sin temor a equivocarme esta materia cambió el curso de su manera de verse como artista escénico y le dio la posibilidad de abrirse a nuevas opciones expresivas, a descubrir nuevas facetas, pudo afianzar su presencia en el espacio, trabajar consigo mismo y con otros creadores y en definitiva pudo quitar etiquetas abriéndose a nuevos horizontes.

El proceso de Jhon Alexander Díaz es uno de los que más me permiten decir con certeza que: “...el que reconoce su celda, conoce su libertad...el que reconoce sus limitaciones conoce sus posibilidades...” Él supo reconocer en su proceso mucho de su potencial y se dio la oportunidad de abrirse a un ser expresivo que estaba ahí corriendo en su propia sangre, listo para ser puesto en escena. Sus ganas de crecer no se han detenido ahí y estoy seguro de que sin tantas ataduras y prejuicios va a poder avanzar muchísimo más en su trabajo creativo a través del cuerpo, reconociendo que el error no existe, sino que es una oportunidad, una nueva puerta para pasar a otro nivel; que perderse en una aventura, la ocasión del descubrimiento; que caer es sólo otra manera de avanzar. Aún con los conflictos que esto podía generar internamente supo sostenerse firme, trabajar con perseverancia y de manera sólida, supo medirse con bailarines mucho más experimentados teniendo dedicación y gran disciplina. Sin lugar a duda Jhon Alexander va a lograr lo que se proponga y sus capacidades de crecer serán inagotables como su deseo de aprender y luchar siempre por obtener un lugar en este competitivo mundo del arte escénico, es el vivo ejemplo de tenacidad, arrojo y evolución.

¡Mantente firme en tus propósitos y sigue trabajando con toda esa potencia y buena actitud que de seguro te llevará muy lejos! ¡Feliz viaje profesional!

### **HUMBERTO CANESSA ULLOA**

Profesor Cátedra Carrera de Artes Escénicas  
Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá